

Unamuno, que nos había confesado antes que había leído a Carrasquilla y sin duda alguna sus famosas *Homilias* publicadas en la revista antioqueña *Alpha* se hace eco y comulga con las ideas del novelista antioqueño que hay que escribir sobre lo nuestro y no buscar paraísos artificiales ni princesas encantadas, ni japerías exóticas, como era el motivo conductor de los llamados modernistas o decadentes de entonces. Y siguiendo la corriente descrita por estos antioqueños costumbristas que ha leído con delectación, comenta socarronamente:

Si las muchachas antioqueñas son como las pintan Carrasquilla, Rendón y Latorre, uno de los mayores servicios que podríamos hacer a los tantos jóvenes que ahora emigran de nuestra Patria es dirigirles a Antioquía, pues es seguro que para merecerlas se pondrían a trabajar con honradez, con ahínco, repito, y va una vez más, que conozco poco más simpático que esta literatura Antioqueña, y ella sí que es parte de nuestra literatura y nos suena a cosa nuestra y muy nuestra.

En todo nos parece Colombia un país nuestro, muy nuestro, un país que conocemos como se conoce aquel en que se nos ha criado.

Don Miguel de Unamuno llegó a tener conocimientos amplios sobre Colombia, su posición geográfica, sus conflictos políticos, sus guerras civiles, sus regiones predilectas a través de sus amigos colombianos y de las diferentes revistas que recibía de ellos. Por eso no nos sorprende que hable con conocimiento de los generales Rafael Uribe, Vargas Santos, Próspero Pinzón, este último que tanto le recordaba a su compatriota el general Lizárraga, por su fanatismo católico, y otro generalote colombiano que comparaba con el general carlista Elío. Por eso exclamaría ¡Pobre Colombia!

¡Pobre de esa llamada «República Cristiana», y donde todo un fray Nicolás, Obispo de Casanare, se escandaliza de que yo haya escrito que el Cristo fue un hombre, el hombre por excelencia. Verdad es que a este mismo buen señor Obispo le parece inaudito el que un hombre afirme que su alma no tiene edad, creyendo, como debe creer, en la inmortalidad del alma, cierto es que en la ortodoxísima Bogotá se cree obligado todo un señor Obispo a dar público testimonio de su fe... en un periódico diario. (Aquí de aquel dicharacho latino que se ha hecho ya proverbialmente cómico: O tempora ¡O mores!).

Unamuno se había enterado de los conflictos fratricidas que sacudieron al país a fines del siglo pasado y principios de éste, que hiciera decir al corifeo máximo del movimiento modernista, Rubén Darío, que «Colombia es una tierra de leones»; por eso lo evoca con amargura:

¡Pobre Colombia! País tan simpático, tan jugoso de carácter propio, tan lleno de fisonomía, con tantas raíces de tradición, de cultura y tan desgarrado por disensiones civiles. Y es lo triste que allí como aquí parece que no ha concluido la era de tales luchas, pues aún les falta conquistar la plena libertad civil, la libertad de conciencia, oprimida hoy en aquella desventurada república. Donde a nombre de una llamada Ley de Alta Policía nacional se confina al periodista que no agrada al Gobierno, a la Colonia Militar del Meta o a otra cualquiera en la hoya amazónica.

Esas dolorosas protestas, esas quejas tuyas, a veces dirigidas contra compatriotas tuyos, como el obispo vasco que mandaba en Casanare, fiel portador del fanatismo español en América van acompañadas por deseos fervientes y sinceros de que las cosas cambien:

¡Qué frutos nos dará para la literatura en ese país de Colombia cuando alcance la plenitud de su libertad civil! Aunque es muy fácil que los frutos que entonces le sean debidos a la opresión en la que hoy se halla el espíritu allí y al fermento de protesta y rebelión íntimas que esa opresión política tiene que provocar en los espíritus nobles.

Su colaboración en varios periódicos y revistas americanas le permitieron disfrutar de una estable tranquilidad económica, gracias a este maná americano, como bien se lo manifestara a don Luis de Zulueta en una carta fechada el 12 de diciembre de 1907, en Salamanca, donde le hace el siguiente comentario:

Yo estoy bien, muy bien. Mi situación económica se ha resuelto gracias a los Americanos. Entre *La Nación* de Buenos Aires –mi tribuna de hoy–; *Caras y Caretas*, también de Buenos Aires, y el *Diario Ilustrado*, de Santiago de Chile, me han emancipado, ¡gracias a Dios! de la prensa española. Allí pagan triple que aquí y agradecen quíntuple y a pesar de que les digo a los criollos, que pasan por vanos y quisquillosos, todo género de amargas verdades, no me llaman por eso paradojista ni inquieto, ni me suponen mal enterado. Se conocen y son modestos.

Germán Bleiberg nos habla en uno de sus artículos literarios, sobre el papel importante que desempeña el dinero en la vida del escritor vasco:

A su perspicacia no podrían hurtarse los acontecimientos culturales y políticos de Ultramar. Quizás, además, le haya llevado a su consideración algún interés positivo, económico. No debe olvidarse que Unamuno tuvo lo que llamó, el «sentido reverencial del dinero».

Fuera de la bonanza económica traída a su hogar, le atraía la popularidad obtenida en tierras de ultramar, y la correspondencia masiva que le llegaba desde distintos rincones de América, que lo llenaban de inmensa satisfacción. Él mismo lo confiesa en un artículo que escribiera para *La Nación* (abril 1907) donde comentaba:

Una de las cosas que más animan y sostienen a un publicista es sentir la comunión con el público. Me he quejado en alguna ocasión de lo raro que es en España el que un escritor por mucho público que tenga, reciba cartas de lectores ignorados, apoyando o rechazando sus asertos, aplaudiéndole o censurándole. Algunas recibo aquí, aunque muy pocas y casi todas de catalanes. De ahí, de la América del Sur, muchas más. Y estas cartas de lectores desconocidos, unas firmadas, otras (las menos) anónimas, constituyen una de mis mayores satisfacciones y a la vez una de las máspreciadas fuentes de información¹.

Federico de Onís afirma que Unamuno recibía cartas de todas partes y que contestaba todas las que recibía, de su puño y letra, «cosa que no solemos hacer los españoles»; por aquel entonces no había máquina de escribir, «escribía cartas largas y personales, mantenía contacto con toda la gente del mundo; escribía con gran fluidez y muy de prisa».

Sorprende la enorme cantidad de cartas, su «epistolomanía» de que hablan sus críticos, que a lo largo de su vida cultivara Unamuno, teniendo muy presente su trabajo de escritor prolífico, de conferenciante, de profesor universitario, de traductor del francés, portugués, etc. y, por si fuera poco, de periodista y de político. Nos da la sensación que pasó gran parte de su vida en su biblioteca, sentado en su escritorio inundando de cartas el mundo hispánico, como otra forma de duplicar su existencia, de engrosar su entidad humana, de dejar huella como prueba inequívoca de esa inmortalidad que él creía ver a través de sus libros y de sus hijos. Para el profesor salmantino vida y literatura se mezclaban, por eso su obra autobiográfica, por eso no hay fronteras entre sus textos destinados al lector anónimo de sus libros y el lector concreto de sus innumerables cartas, que enviara con placer a españoles, portugueses e hispanoamericanos.

La temática es la misma, reflejo de ese yo frenético y desencajado, ubicuo y poderoso. Estas cartas componen su autorretrato, con algo de misterio y mucho de vendaval, con su caracterizado monólogo que suena a sermón de predicador laico, donde se mezcla lo humano y lo divino, reflejo

¹ Unamuno, *Mi vida y otros recuerdos personales (1889-1916)*, Buenos Aires, Losada, 1959, p. 95.

fiel de esas crisis espirituales que pasaron constantemente en su vida y que siempre lo atormentaron. A través de sus escritos epistolares notamos su eterna preocupación por el habla popular, su acendrada prevención contra la cultura francesa, su antimodernismo que le impidiera valorar los nuevos rumbos de las letras españolas renovadas por un grupo de escritores americanos, sus eternos problemas económicos, su pacifismo y constante antimilitarismo, sus preocupaciones pedagógicas y su vocación educadora, sus lecturas y proyectos, su permanente disponibilidad crítica para dar consejos o emitir juicios literarios apresurados, a través siempre de su yo dolorido y expósito.

Leyendo cuidadosamente su correspondencia epistolar y sus artículos y libros publicados desde su más temprana edad, captamos una información detallada y precisa sobre su mundo y su tiempo, especie de crónica cotidiana y personalizada, donde se refleja la historia de casi medio siglo de vida española, desde 1894 hasta 1936.

Toda su obra refleja al vasco castellanizado recio, de pensamiento y palabras radicales y paradójicas, un hombre de una energía incansable que luchó contra esto y aquello acosado en su vida por el hambre de inmortalidad y la angustia. Un verdadero profesor de energía, que odiaba al vulgo, a la multitud, como Flaubert, soberbio y solitario que luchó contra la paz y contra la muerte y hasta «contemplativo» como lo describiera Blanco Aguinaga. Uno de sus ensayos termina con un «¡oh, santa soledad!» con el que manifiesta la posibilidad de meterse en casa, a continuar sus incansables monólogos por medio de cartas, evitando así a solas, las tonterías de unos y de otros.

La crítica de los libros hispanoamericanos en la península estaba a cargo de tres personajes: Leopoldo Alas, más conocido con el pseudónimo de Clarín, que juzgaba con extrema severidad a los nuevos y a todo lo que no se publicaba en España; Juan Valera que tenía un criterio más imparcial y a veces hasta benévolo con nuestras publicaciones, y Marcelino Menéndez y Pelayo autor de una *Antología de Poetas Hispanoamericanos*, publicada entre 1893 y 1895, verdadero inquisidor de las letras españolas muy similar al fraile lego nuestro, Miguel Antonio Caro, que creía ver herejías en cualquier publicación que tuviera criterio amplio tanto en lo que respecta al lenguaje, ideas, contenido, etc., hasta las representaciones y grabados que adornaban las carátulas de los libros.

Unamuno tuvo tiempo para recoger información sobre la literatura hispanoamericana. En primer lugar le llegaban a su mesa las publicaciones de ultramar, muchas veces, porque dichas reseñas aparecidas en distintas publicaciones americanas le aportaban bienestar económico. Tercero, su

crítica no era del todo imparcial, diríamos que a veces era extremadamente benevolente con autores de segunda clase, que el profesor salmantino aplaudía y hasta recomendaba, por encontrarles parecido a sus compatriotas vascos o por tratar temas ancestrales muy semejantes a los de Pereda en sus novelas regionales. Fuera de ello tenía sus amigos personales, algunos como el guatemalteco Gómez Carrillo que tenía las llaves del *Mercure* de París y otros como Pérez Triana a quien elogió en grado extremo y cuya obra hoy nadie recuerda. Él mismo confesaba:

Más de una vez me ha pesado el haberme metido a esa función de crítico respecto a la literatura de los países americanos de lengua española. Es una profesión dañosa para el que la ejerce. A menudo me trae a las mientes aquellas palabras del Evangelio: «No juzguéis, para no ser juzgados, pues con el juicio con que juzgaréis se os juzgará, y con la medida con que midáis, seréis, a vuestra vez medidos».

Me voy convenciendo de que no sirvo para crítico, ya que el serlo exige no sólo dotes de inteligencia, cultura y gusto, sino además prendas de carácter, de que carezco. Ante todo, cierta imperturbabilidad y hasta dureza de corazón, si se ha de ser sincero siempre, ¡Cuesta tanto decir la verdad de lo que se siente y piense!

Unamuno se quejaba de la gran cantidad de «fárrago», de basura que le llegaba, de autores de segunda que esperaban una crítica «sincera» de sus obras, pero cuando él lo hacía imparcialmente, le llovían desdenes y falsas acusaciones. Además Unamuno descuidaba con ello sus lecturas preferidas por leer lo que le llegaba de América:

Es lo seguro; pero a tal punto me ha traído la obligación que me he impuesto de leer todo lo que de la otra banda se me envía para que de cuenta de ello. Y esto es lo más terrible el tener que engullirme tanto fárrago, perdiendo un tiempo precioso. Es oficio tan doloroso y martirizante como el de examinador... Y en tanto languidecen y se dilatan mis lecturas favoritas, las de los libros que voy yo a buscar y no las de los que vienen a buscarme, de los libros que leo con pereza de intención, no para hablar de ellos. Y si es terrible decirles la verdad no lo es menos el callarse. Recibo un libro con expresiva dedicatoria y a las veces una carta con él, carta en que se me ruega que diga «franca y sinceramente», sin esguince ni rodeos, mi opinión sobre él, Y ¡ay de mí para con el pedigüeño si usa con él de sinceridad y de franqueza!

Y lo peor del caso ocurría cuando se trataba de autores novatos, que le exigían al profesor vasco lo mismo que al corifeo máximo del movimien-